

Fútbol y literatura

Por RICARDO DE VAL

SOSPECHO que el título de este artículo va a parecer a muchos una incongruencia, porque fútbol y literatura son dos términos antitéticos que no pueden conjugarse. Al parecer, claro. Los exégetas de todo orden están en el deber de fruncir el ceño. Y es posible que tengan razón. Fútbol y literatura son dos cosas que no casan bien. Intento convencerme de ello. Y, sin embargo, desde una zona delicada de la sensibilidad, desde un punto de vista vivencial —llamémosle «vivencialismo»— se puede intentar el diálogo entre esos dos conceptos, tan aparentemente contrapuestos. Fútbol y literatura. Pero no quiero decir «hacer literatura con el fútbol», sino que «del fútbol» se puede hacer literatura.

A mí me ha ocurrido estos días algo de mucha emotividad. Un amigo, al cabo de treinta y tantos años transcurridos, me entrega en su casa una fotografía extraordinaria, ya empalidecida, en la cual aparecemos los dos formando parte de un equipo de fútbol. La sensación y la sorpresa han sido penetrantes. Tenía olvidados el fútbol práctico ejercido y esta preciosa fotografía. Graciosa foto de un grupo de muchachos arriscados, adolescentes héroes del balón en un pueblo, Paterna. Allá por los felices años veintes. Amarillea la postal, hecha en Valencia, en la calle de Cuarte, en un estudio casi importante en aquel tiempo.

Puede que hoy el fútbol no sea más que una emoción primaria, superficial, de fuera a dentro, aunque no estoy muy seguro de ello. En 1925 el fútbol, como deporte ejercido en calidad de protagonista con ilusiones de triunfo, era una cosa muy diferente a la de hoy. En Valencia se realizaba un fútbol de perspectivas provincianas, de rivalidades —«Gimnástico» y «Valencia»— poco menos que pueblerinas, pero de altas pasiones y temperatura heroica. El «Valencia C. de F.» era entonces un segunda división. Para los muchachos que jugábamos al balón, el fútbol tenía un «no se qué» familiar, un aire doméstico, de cierta belleza íntima. No sé si me explico. El heroísmo de Amberes lo vivíamos como algo doradamente anónimo; todos éramos héroes, familiarmente héroes. Que si el jugador fulano procedía del Colegio de los Salesianos, que si se había formado en «El España» y que iba a ser probado en el mayor equipo de la ciu-

dad, en el viejo camino de Algirós, bordeado de finas arboledas y de acequias morunas. Aquello era romántico; yo creo que sí. Se llevaba las porterías al hombro. Yo lo hacía. Me hice socio del Valencia, con una cuota de tres pesetas al mes. Venido desde Paterna —a ocho kilómetros— al barrio de la Tabacalera, como convecino del famoso Eduardo Cubells, iba con otros chicos a entrenarme al campo del viejo Algirós, por la mañana, donde correría uno al lado del gran internacional. El maravilloso interior derecha solía demostrarnos prácticamente cómo se debía tirar un penalty a Ricardo Zamora y batirle sin remedio. «Hay que chutarle a las piernas, raso, y muy fuerte». Nos decía.

La gesta española de Amberes, con la aparición de la «furia española», lo diré justamente, llenó la cabeza de sueños a los muchachos de aquel tiempo. Los de mi equipo solíamos entrenarnos de un modo increíble, fantástico: a la luz de la luna, en la explanada del neoclásico, dorado y grandísimo Palacio de los Condes, en Paterna. Muchos sonreirán. Pues así era. Otras veces, en el estío, salíamos a jugar a la plomiza paramera del campamento a la hora del alba. Esto, los domingos. Trotábamos juntos muchachos de la Universidad, de la oficina o del taller. Dicho en nuestra jerga, tratábamos de vencer lo que llamábamos en valenciano la «llauxá», haciendo un juego fino a lo Samitier. Nuestro ídolo supremo era el interior izquierda del Valencia, el mágico estilista Peral, rubio y fino, de ojos zarcos, que parecíanos un estudiante de Oxford. Dirblaba, uno por uno, a todos los contrarios que le salían al paso, con gran estilo, rematando finalmente a gol. Era un sueño, estela de Fidias, de verso de Pindaro o de Homero. No era extraño que se alternara el balón con las buenas letras. Cuando el muchacho corre le nacen alas, siente el gozo de vivir y una alegría que le acerca mucho a la divinidad, en una introversión, no hay duda. Esto tiene poesía, nadie como el muchacho con sensibilidad lo sabe. El que esto escribe le daba al balón y escribía versos. Bueno, los versos... eran malos, pero eso nada importaba. Al pie de las porterías portátiles se apilaban muchas veces libros de bachillerato y novelas o versos de Blasco Ibáñez, Maupassant o Gustavo Adolfo Bécquer. ¿Por qué no? Canción y alegría del pecho y del músculo, son en el adolescente una necesidad poética. Lleva a veces excesiva carga el muchacho de soledad.

Versos y balón. Catarsis en el alma. Junto a los recuerdos de aquel heroico balompié, cuántas imágenes de un agraz quehacer literario. Parezco sobrevivir de una gran catástrofe. Era tan límpido aquel tiempo de iniciación, que confundo generosa y alegremente un mundo y otro. Junto a las heroínas del romanticismo alemán o francés, sabíamos poner Amberes y la camiseta roja española. No estoy conforme en admitir que una lucubración lírica haya de advenir de una debilidad nerviosa, como tantos creen. No, el verso profundo o la visión mística, sobrevienen de una fuerte mentalidad y de una energía nerviosa.

En Paterna —joh, valencianísimo y bello pueblo—, se puso en mo-

da una cancioncilla de fútbol, en la que iban nombres de muchachos y el mío. Canción y deporte. Ya no queda nada de eso. No supe nunca explicarme el fenómeno, pero yo llevaba en estrecho y extraño maridaje el mundo de los parques y jardines abandonados bajo la lluvia, de las ruinas y las amadas inexistentes y vagabundas, con la práctica del fútbol. La España vieja y decrepita idealizada entonces, ya anda en ese deporte, quién sabe si con una naciente esperanza. Muchos poetas le han dado muy bien al balón. Todo esto, ligado al fútbol personal o de actor.

Porque el fútbol como deporte profesional y espectacular, ¿qué duda cabe que encierra una belleza cierta, muy digna de una literatura? Ya existe una novela premiada, con el tema del fútbol. Carmen Laforet hablaba hace poco de un deber del escritor de acercarse a los temas de sentir muy popular. El partido de buen fútbol, como imagen y expresión de la vida actual. Todas estas cosas me dice esa vieja foto de 1925.



ALBUM EXTREMEÑO.— Pareja extremeña con el traje típico regional
(Foto Manufacturas Legazpi)